



LENGUAJE IMPLÍCITO EN EL PASEO

TU PERRO NO SABE QUE ES EL PASEO

Cuando sacamos a pasear a nuestro perro, a menudo imaginamos un momento de ocio y disfrute compartido. Sin embargo, para ellos, la experiencia es radicalmente diferente. Lo que para nosotros es un "paseo", para un perro es una expedición de reconocimiento vital.

Cada salida es una oportunidad para recopilar información crucial del entorno a través de su agudizado sentido del olfato, descifrando mensajes de otros congéneres y dejando los suyos propios, marcando así su territorio y presencia.

Además, su instinto de supervivencia está siempre activo: exploran el entorno en busca de posibles presas y, al mismo tiempo, se mantienen vigilantes para evitar ser cazados.

Esta diferencia de prioridades y percepciones es lo que marca un contraste fundamental entre nuestra idea de un simple paseo y la compleja realidad que experimenta nuestro compañero canino

El lenguaje del depredador y la presa

Continuando con esa idea, es crucial entender que en el lenguaje canino, un acercamiento frontal directo es casi siempre interpretado como un desafío o una amenaza.

A diferencia de los humanos, que a menudo se saludan de frente, los perros utilizan un lenguaje corporal más sutil y evasivo para indicar intenciones amistosas. Por eso, cuando paseamos y nos cruzamos con algo o alguien que viene directamente hacia nosotros, nuestro perro puede mostrarse incómodo, tenso o incluso reactivo.

Su instinto le dicta que debe protegerse o prepararse para una confrontación, una respuesta totalmente natural desde su perspectiva y su forma de comunicarse.

Entender esta diferencia nos ayuda a leer mejor sus señales y a gestionar estos encuentros de una manera que les genere menos estrés

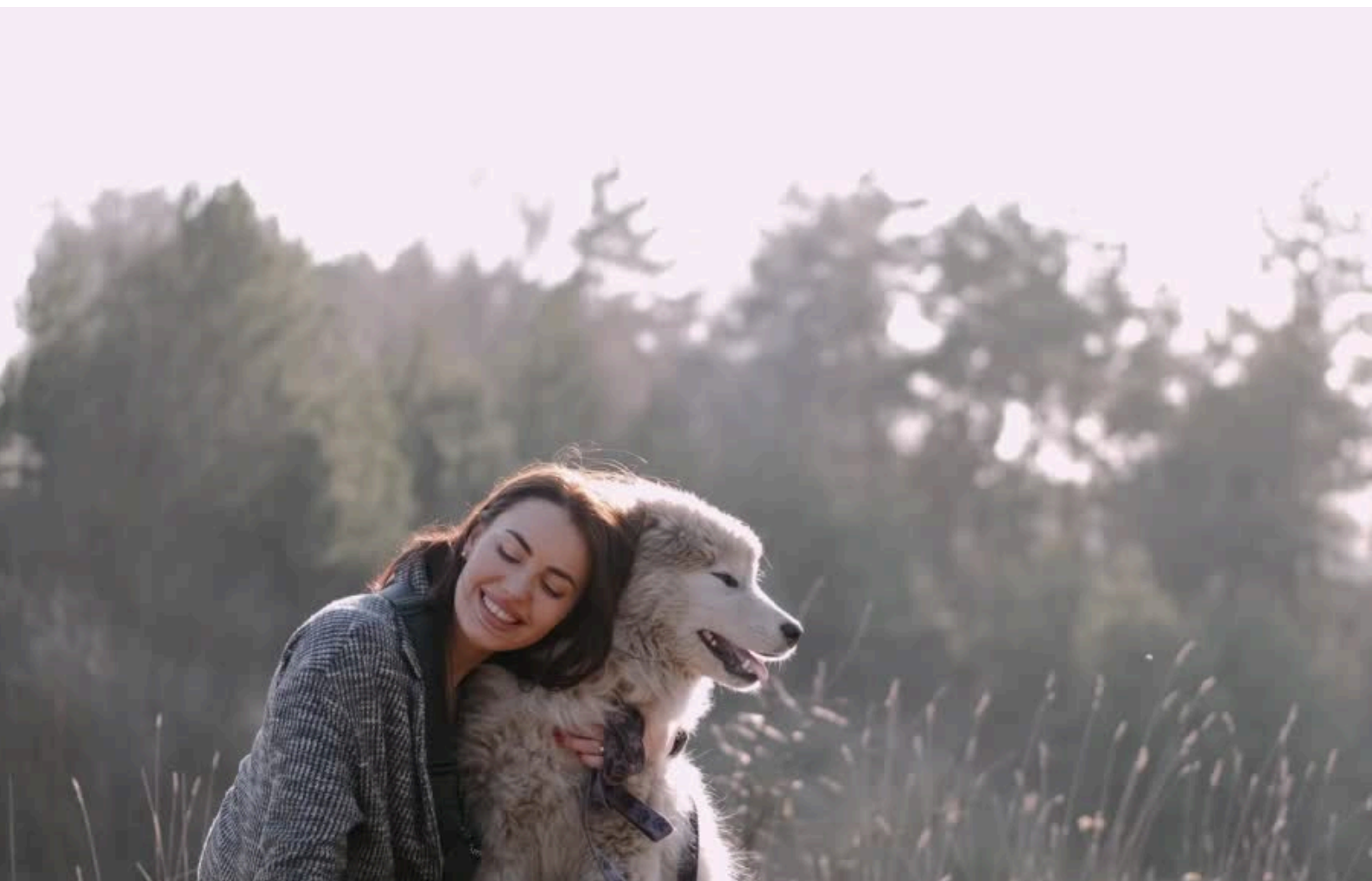
Trasmitimos nuestras emociones

Para ahondar en el punto anterior, la situación se complica cuando nuestra propia ansiedad se suma a la ecuación. Si al ver algo que se acerca de frente, nosotros mismos nos ponemos nerviosos y, de forma instintiva, tensamos la correa, estamos enviando un mensaje contradictorio y perjudicial a nuestro perro.

Lejos de transmitirle que desconfiamos de su posible reacción o que le estamos indicando que se controle, lo que realmente le comunicamos es que esa figura que se aproxima es la que nos ha puesto tensos a nosotros.

En la mente de nuestro perro, si su referente humano, el que le proporciona seguridad, se siente amenazado, entonces esa amenaza es real y palpable.

De esta forma, sin quererlo, reforzamos su percepción de peligro y podemos agravar su incomodidad, confirmándole que su instinto de alerta era, de hecho, justificado.



Asociaciones negativas

El problema se agrava cuando esa tensión en la correa se traduce en un tirón brusco. Cada vez que apretamos con fuerza, provocamos una sacudida dolorosa en el cuello de nuestro perro.

Con el tiempo, esta experiencia se vuelve predecible: nuestro perro empieza a asociar la aparición de corredores, bicicletas u otros perros con ese dolor y la incomodidad física.

Es en este punto cuando la preocupación se instala; el paseo, que debería ser una experiencia placentera, se convierte en una fuente de anticipación negativa.

Su instinto le dice que debe evitar esos encuentros a toda costa, no por agresividad, sino para protegerse de ese desagradable tirón que sabe que vendrá.

Correa distendida vs correa tensa

El tipo de tensión en la correa durante el paseo moldea profundamente la percepción de nuestro perro sobre nuestra presencia.

Si nos acostumbramos a pasear con la correa constantemente tensa, el perro aprende que estamos ahí, justo detrás, sin necesidad de comprobarlo. Esta tensión continua le da una falsa sensación de autonomía, llevando a que se enfrente a situaciones o se anticipe a ellas por su cuenta, sin buscar nuestra guía.

Por el contrario, cuando optamos por una correa destensada, el perro necesita activamente girarse y mirarnos para asegurarse de que seguimos ahí.

Ese momento de contacto visual es una oportunidad de oro para nosotros: podemos aprovecharlo para reforzar su buen comportamiento, darle una indicación o simplemente reasegurarle con nuestra presencia, fomentando así una conexión y dependencia positiva en el liderazgo durante el paseo.



La correa transmite información a nuestro perro

Además, la tensión constante en la correa tiene un impacto directo en nuestra capacidad para comunicarnos con nuestro perro.

Cuando la correa está tensa, la sensibilidad se reduce drásticamente; cualquier pequeño movimiento o corrección que intentemos hacer a través de ella se pierde, ya que el perro apenas percibirá el matiz de nuestra señal. Es como intentar hablar en una habitación ruidosa.

Sin embargo, con una correa destensada, la situación cambia por completo. Incluso los más sutiles movimientos de nuestra mano se convierten en mensajes claros: un leve toque puede indicar un cambio de dirección, una ligera pausa puede significar "detente", o un pequeño impulso puede animarle a acelerar el paso.

Esta fina comunicación, basada en la sensibilidad y no en la fuerza, permite un diálogo mucho más fluido y efectivo entre ambos.

La correa le puede restar seguridad

Paradójicamente, la correa, que para nosotros representa seguridad y control, puede generar una profunda inseguridad en nuestro perro.

Él es plenamente consciente de la limitación de movimiento que le impone. En su naturaleza, la huida es una estrategia fundamental ante el peligro. Cuando percibe una amenaza o algo que le asusta, su instinto le grita que debe escapar, pero la correa le impide hacerlo.

Esta frustración constante de su mecanismo de defensa más básico le transmite un mensaje claro y aterrador: si surge un problema, no podrá huir.

Esta incapacidad para gestionar por sí mismo una situación de miedo puede aumentar su ansiedad y reactividad, ya que se siente vulnerable y sin recursos para protegerse.



Tirar para llegar

Nuestro perro vive en un universo olfativo que nosotros, con nuestros limitados sentidos, apenas podemos comprender. Durante los paseos, cuando un olor irresistible capta su atención, su instinto le impulsa a investigarlo.

Al sentir el tirón de la correa, muchos perros aprenden rápidamente que la única forma de alcanzar ese objetivo olfativo es precisamente tirando de nosotros. Cada vez que lo logran, es un pequeño éxito que refuerza esta conducta, solidificando la idea de que "si quiero llegar, tengo que tirar".

Sin embargo, si aprendemos a ser más conscientes y a anticipar sus intereses olfativos, podemos cambiar el foco de la tensión a la atención.

Al darnos cuenta de dónde quieren ir y permitirles explorarlo de forma controlada y con la correa destensada, y siempre después de habernos solicitado con una mirada, el permiso para acercarnos, así abrimos un nuevo diálogo que fomenta paseos mucho más cómodos y gratificantes para ambos.

